

libertad!» Este grito no cesa la Iglesia de lanzarlo. Este grito, creédlo, es el grito de su alma! Bien sé que, maestros, que el pueblo francés parece no querer tener ya á precio alguno, tratan de imponer su dominio á la Iglesia, y que los abogados de esos maestros, bajo el pretexto de que son los defensores del trono y del altar, pretenden construir una vez más los escalones de aquél con las piedras de éste.

Pero la Iglesia no puede en modo alguno aceptar un papel que sea humillante y tienda á esclavizarla. Ella sirve solamente á las almas: su dignidad de madre no le impone ninguna otra esclavitud más que la de la abnegación.

¡Yo os digo que es una libertad! Ella bendijo el árbol de la libertad, porque sabe que nada hay tan apetecible para las almas, como los frutos de la verdadera libertad. Ella no ha encontrado jamás ¡ah! en su larga peregrinación á través de los tiempos, más que protecciones interesadas ú hostilidades celosas. Las manos que empuñaron antaño las espadas para defenderla, nunca en sus relaciones con ella, se quitaron el guantelete de hierro!

Olvida la Iglesia las heridas que ha recibido cuando se trata de perdonar, ¿cómo las olvidará cuando se trata de no desobedecer la voz de su jefe, de permanecer independiente de todo partido político?

Como consecuencia de las aspiraciones por la libertad, la Francia moderna se ha vuelto más democrática que en ninguna época de su historia.

La democracia, la francesa sobre todo, no es en manera alguna la revolución sangrienta, el pillaje y

el robo. A pesar de las importaciones extranjeras, y en particular de las influencias de Alemania sobre los internacionalistas, el pueblo francés es demasiado honrado, demasiado laborioso para que sea permitido confundir sus justas reivindicaciones, con los salvajes alaridos y los bestiales apetitos de los energúmenos que pretenden robar para enriquecerse, matar para vivir, y destruir la patria para transformar el mundo. Pues bien, hermanos míos, ¿qué hace la Francia ante la democracia?

La Iglesia se muestra la hija de Dios que decía. "Venid á mí los que estáis cargados de trabajo."¹ Los apóstoles que propagaron esa iglesia eran jornaleros y laboriosos; los primeros discípulos que conquistó fueron esclavos, hijos de Esparta, que sus amos abrumaban de trabajos y de golpes en el fondo de las ergástulas; sus frailes tuvieron, desde los primeros siglos, las manos endurecidas por el trabajo, y los rostros tostados por el sol de los campos; sus misioneros, después de desgarrarse los piés en todos los caminos de la tierra riegan con su sangre los países que los cenobitas fecundaron con su sudor. Bien sé que se calumnia odiosamente á los sacerdotes del día, reprochándoles que no son laboriosos como sus antecesores: —¿qué importa?— Cuando un hombre pone el descanso de la noche y la actividad del día á la absoluta disposición de toda una población, cuando se convierte en el servidor de las almas, de las inteligencias, de los corazones, de los desgraciados, de los enfermos, de los

¹ Mat. IX, 28.

desamparados, y esto por profesión, por estado, se necesita no detenerse ante ninguna iniquidad para atreverse á decir que ese hombre no es un trabajador. Yo os pregunto, hermanos míos. ¿dónde habéis conocido y visto á los sacerdotes, que son como la Iglesia vi-
viente, dónde lo habéis encontrado? ¿Será, por acaso, en medio de vuestras fiestas profanas? ¿Entre el bullicio de vuestros placeres enteramente mundanos? ¡No! Los habéis encontrado allí donde hay lágrimas que secar, dolores que mitigar, dudas que aclarar. Nadie hay de más popular y más democrático, que esos millares de curas que se van á vivir, y esto cuando son bastante ilustrados, para poder subsistir cómodamente en una posición independiente, que se van á vivir, repito, pobremente, con un salario casi ilusorio, pues tal es de mezquino, en medio de los campesinos, de los pobres montañeses, de todos aquellos, en fin, á quienes las rudas labores y la pobreza se los han señalado como á sus hermanos.

Si: el sacerdote vá hácia el jornalero, porque es «pueblo;» hácia el desdichado, porque es «pueblo;» hácia el soldado, porque es "pueblo;" hácia el enfermo del hospital, porque es "pueblo," y cuando le acontece pasar los dinteles de palacios suntuosos ó tomar lugar en las mesas de los ricos, éstos bien saben que lleva secretas intenciones caritativas que hacen ser generosos á aquellos que siempre tienden una mano para aliviar las miserias y las penalidades del pueblo.

Los mismos campos de batalla, y aún los más sangrientos, han visto hasta qué punto esos hijos del pueblo y de la Iglesia, que son al mismo tiempo los minis-

tros de la paz, son capaces de unirse á sus hermanos, hasta comulgar con ellos en la sangre y la muerte de los combates. Han visto, como decía hace tiempo una escritora, cuyo espíritu es demasiado francés para que algún día retorne á la fé católica, «han visto sobre el «montón de víctimas, al cura con su larga sotana negra, tendido exánime como si fuera un crucifijo gigantescos»—inmolado por su fé, su patriotismo y el amor de su pueblo.»

Uno de los espectáculos más notables dado por nuestro siglo es éste: á medida que el pueblo deja la fábrica, sale de la tierra, abandona el campo para invadir más y más el terreno de la vida pública y política, la Iglesia por un movimiento análogo, tiende á descender, ella también á la plaza pública y se dirige á encontrar al pueblo, convertido en un grupo social y en cierto modo personal. Mas que nunca, llama al pueblo á los templos, se une con mayor intrepidez al pueblo en las asambleas de éste; y si nuestros ojos se dirijen más arriba, si ven ahí donde un cristiano puede admirarlo todo sin reservas y elogiarlo sin límites, veremos á ese admirable Pontífice León XIII, abrir sus brazos y su corazón á la democracia moderna. La palabra del Vicario de Jesucristo ha descendido solemnemente á las fábricas y á las minas; un rayo de luz divina ha atravesado el humo espeso de los talleres, una palabra confortante y consoladora ha dominado el estruendo del martillo y la formidable respiración de las máquinas hasta llegar á los oídos del obrero. La prensa entera, hostil, indiferente ó amiga, se ha hecho el eco de esa palabra. Toda la Francia se ha

conmovido. El despecho de los unos, las imprecaciones de los otros no han hecho mas que hacer más penetrante y más poderosa á esa augusta palabra. Los obreros han respondido: han decidido ir á poner sus fuertes y encallecidas manos en la débil y bienhechora mano del Pontífice, que ama el corazón del pueblo, que bendice sus trabajos, que acepta el gobierno del pueblo. Han ido esos jornaleros con sus trajes de trabajo; han dejado las huellas de sus pisadas en los tapices del Vaticano y se han llevado en sus almas las huellas de la bondad pontifical. El trabajo y la religión se han dado un abrazo. Las miradas del Padre Santo se han encontrado con las de los «francos»... recíprocamente se han comprendido, han sido dos esclavizados: mañana serán "las dos libertades del día!"

II

Mas hé aquí que, si hemos de dar crédito á los espíritus hostiles, una barrera formidable, infranqueable, se opone á la reconciliación de la Iglesia y del país. El pueblo francés, se nos dice, es ya un pueblo libertado. Todas las servidumbres causan horror á su amor feróz por la libertad. Ahora bien, la religión, la fé, entraña cierta servidumbre lo mismo que el despotismo y el feudalismo. Por otra parte, la nación francesa ya no tiene fé. Esta se ha desertado del espíritu de las poblaciones, como las poblaciones se han desertado de las iglesias. Esto se repite por doquier.

Evidentemente que la fé impone una servidumbre; pero ésta es noble: también el amor por la verdad, por la justicia, el sentimiento del honor, el patriotismo, son servidumbres, y no hay un solo francés verdadero, que no esté pronto á derramar su sangre por tales servidumbres. En cuanto al hecho de que se manifiesten menos las creencias; de que se han dejado dormir en el fondo de las almas, posible es que una gran parte de nuestra sociedad haya llegado ahí, pero no es por eso menos cierto que el espíritu francés es esencial y primitivamente religioso; y cualesquiera que sean las pasiones que lo agiten, los errores transitorios que lo cieguen, las iras que lo arrastren, no hay que desesperar del espíritu francés, bajo el punto de vista religioso, como no desesperáis vosotros de la fertilidad de vuestros campos, á la hora en que un huracán pasa y arrebató los sembrados que los alegraban.

No creais, hermanos míos, cualquiera que sea la habilidad para decirlo y afirmarlo; no creais jamás que el pueblo francés no es un pueblo religioso. El pueblo cuya alma recta y fecunda nació del misticismo de los galos y de la austeridad de los francos, el pueblo patriota y guerrero que recibió el bautismo acabando de obtener una heróica victoria; el pueblo que ha sido la espada y el escudo del cristianismo; el pueblo sin el que nada de grandioso ha pasado en la historia de la Iglesia; que ha delineado en sus amplias conquistas el reino del Vicario de Jesucristo; el pueblo que detuvo en Poitiers con la masa de armas de Carlos Martel los avances del mahometismo; que enrojeció con su

sangre el sepulcro del Hombre Dios; que defendió y salvó la religión de sus padres contra el más querido de sus reyes; el pueblo cuya historia es un maravilloso tejido, donde se ven pequeñas santas como Geneveva y Juana de Arco y grandes capitanes como Dugesquin, Bayardo, vuestro compatriota delfinés, Condé que dejó en la historia, testimonios imperecederos de su piedad y su fé; el pueblo cuyos hijos emigran todavía á los países más apartados para derramar su sangre ya por la bandera tricolor, ya por la cruz de Jesucristo; el pueblo caballeresco que se enamora de lo ideal y que sabe morir por las ideas que prohija; ese pueblo ¿podrá consumir la prevaricación, colmar la iniquidad, apagar definitivamente la antorcha; renegar á la vez de su pasado, de su porvenir de su alma misma?

¡Jamás, jamás!!

No quiero, hermanos míos, para haceros tocar con las manos la vitalidad, la *realidad* religiosa del espíritu francés, mas que señalaros dos hechos y exponerlos brevemente.

El primero es éste: todo cuanto es antireligioso ó anticatólico en Francia, es de importación extranjera. El segundo hecho es que, en todas partes donde se ha intentado suprimir en Francia la religión, ha sido indispensable reemplazarla por la *comedia* de la religión. No os impacientéis porque seré muy breve:

He dicho, primero, que todo elemento anticatólico, es de importación exótica; que desde su origen está marcado con un sello extranjero.

Dios me es testigo de que no trato de contristar á

nadie, ni entre los enemigos de mis creencias. No permita Dios, sin embargo, que la caridad, á la cual estamos obligados, sirva para arrojar sobre la verdad histórica, el velo de una cobarde y despreciable complacencia. Seguid con la imaginación los asaltos sucesivos por los cuales el eterno enemigo ha tratado de derribar nuestra antigua fidelidad de creyentes.

En la aurora de los tiempos modernos el protestantismo se levanta trayendo consigo todos los horrores de la guerra civil. ¿De dónde vino? De Alemania. En el siglo XVII, el jansenismo aparece y trata de helar en los corazones de nuestros padres, la flor de las esperanzas evangélicas. ¿De qué país vino el jansenismo? De Bélgica. En el siglo XVIII, el filosofismo se establece á favor de las ruinas sobrenaturales acumuladas por el protestantismo y el jansenismo. ¿De dónde vino el filosofismo? Juan Jacobo Rousseau, Hume, Kant, Voltaire mismo, ese francés que para adular al rey de Prusia llamaba á la Francia «una miserable nación de Welches,» ¿de qué país eran? De Suiza, de Inglaterra, de Alemania y de Prusia. En el siglo XIX, el racionalismo se apodera de los espíritus perturbados por la falsa filosofía, atrofiados por el materialismo inglés y el ateísmo alemán. ¿De dónde viene el racionalismo? ¿De qué país es ese doctor Strauss, al cual Renan y otros, han tomado las armas con las que han atacado á la fé de nuestros antepasados? También de Alemania. Ese formidable movimiento del socialismo, en el cual es preciso distinguir dos elementos: el primero, conforme á la justicia y cuyo principio se muestra en el primitivo cristianismo y la realización en las

corporaciones cristianas de la Edad Media; el segundo, violento y despótico, todo rugiente con alaridos salvajes y colorido con los reflejos del incendio; el socialismo, digo, en lo que respecta al segundo elemento, ¿de dónde vino? ¿De qué país es Karl Marx, el creador de la Internacional? Bebel, Lich-Knecht, á los que los revolucionarios franceses consagran triunfos ¿de qué país son?

¡¡Todos de Alemania!!

Pues bien, nos hemos ligado contra la introducción de artefactos, contra hechos falsificados y despreciables de la industria alemana; hemos llorado de despecho en 1870 ante la invasión de los cascos y las lanzas tudescas. . . . ¿no será para caer de cabeza todos juntos en las doctrinas salvajes, absurdas, en los monstruosos errores de todos esos soñadores perniciosos. . . .? Y si hay entre nosotros grupos estruendosos, doctrinarios gritones, que aceptan la triple humillación de plagiar, de plagiar el mal y de plagiarlo tomando lo prestado de los peores enemigos de nuestra patria, de nuestro carácter y nuestra fé nacionales, al menos vemos por la actitud de la misma nación en sus resistencias y en su desprecio, que todo ese mal no proviene de ella, que todos esos cardos intelectuales y morales no germinaron espontáneamente en nuestro suelo puro y generoso!

Si la boca del «pozo de abismo,» del que habla el Apocalipsis, está en alguna parte de la tierra, estamos seguros de que no está en Francia.

Mirad ahora—y para decirlo en una sola palabra—que estratagemas de guerra se ven obligados á usar

los que quieren matar el cristianismo en el seno del pueblo francés. Robespierre se rindió á la evidencia haciendo constar que nada es tan vivaz en nuestro espíritu nacional como el sentimiento religioso.

"El ateísmo—decía—es aristocrático; la idea de un "gran Sér que vela sobre la inocencia oprimida y "que castiga al crimen triunfante es enteramente popular."

La revolución, que derribó los altares y convertía en trojes las iglesias, se vió obligada, en consecuencia, á instituir grandes fiestas religiosas en loor del Sér Supremo para engañar así tendencias invenciblemente divinas del pueblo.

Desde entonces, todos los enemigos de la fé que han necesitado del pueblo, del verdadero pueblo francés, han tenido que contar con esas aspiraciones. Este pueblo, cuyo carácter forzó á Enrique IV á convertirse, y á Napoleón á hacerse ungir por el Papa, obliga á todos los apóstoles de la impiedad á darle la idea religiosa en las mismas obras de la descatoización. El hombre que habrá sido el más funesto para la fé de los débiles, el autor de la «*Vida de Jesús*» no propagó su impiedad sino impregnándola con un olor de incienso, que los cándidos tomaron por un perfume religioso. Un acto cualquiera, relativo al alma, y que hasta hoy ha sido un acto religioso, no tiene éxito al volverse puramente civil, sino á condición de revestirse de cierto carácter de solemnidad y de pompa que la conserva una fisonomía sagrada. ¿Acaso no vemos actualmente celebrarse el bautismo civil, la primera comunión civil, el casamiento civil con acompaña-

miento del órgano municipal? ¿Qué significa esto? ¿Qué son esas ceremonias religiosas sino una ficción, una ilusión otorgada á las necesidades indestructiblemente religiosas del espíritu popular en Francia? ¿Sabéis por qué el entierro civil que es, sin embargo, el sólo acto definitivamente característico, la única protesta absoluta de impiedad total, de incredulidad indudable, que pueda manifestar el hombre al dejar este mundo; ¿sabéis, repito, que el entierro civil no logra generalizarse en nuestro país? Pues es por que, por una parte, el muerto creía en Dios á pesar de todas las fanfarronadas de su vida, y que creyendo en Dios, tuvo miedo de morir como enemigo de Dios; es por que, por otra parte, los deudos, á los cuales el pesar del duelo no les deja ninguna gana de hacer comedias, no pueden resignarse á desmentir ante la muerte los sentimientos de fé que viven siempre en el fondo secreto de sus almas.

Después de esto, que vengan los publicistas anticlericales á repetirnos cuanto gusten que la Francia ya no es cristiana y que la Iglesia la molesta y le pesa. Para replicarles no tenemos más que hacer, que poner nuestras manos sobre el corazón. Por pagana que parezca nuestra vida exterior, seremos siempre de aquellos paganos de los cuales decía Tertuliano: "sus almas son naturalmente cristianas." Los huracanes pasan, las tempestades se disipan, los cataclismos se van: pero la tierra, las rocas se quedan en su lugar. No serán esas nieblas alemanas, ni esas epidemias cosmopolitas, las que cambiarán la patria francesa ni envenenarán la sangre nacional. A este respecto, nada es

tan instructivo como la historia del siglo XIX, pues nada muestra mejor cuanto es, el actual movimiento anticlerical, obra puramente de apasionamiento. Después de las atrocidades revolucionarias ¿acaso no parecía todo perdido para la Iglesia en Francia? Y no obstante, el más poderoso, el más fiero de los revolucionarios, Napoleón I, fué, por decirlo así, al día siguiente de las orgías que se hicieron por la diosa Razon, á arrodillarse ante el Papa. Después de la reacción de Carlos X y las medidas tal vez demasiado protectoras de esa monarquía ¿acaso no estaba todo ya reconquistado? Y sin embargo, la revolución de 1830 de nuevo echó todo por tierra. ¿Acaso ese largo reinado de volteranismo burgués, que se intituló el reinado de Luis Felipe, no habia reducido á los verdaderos católicos al papel de insurrectos? Y á pesar de esto, la revolución de 1848 vino llamando á la Iglesia para que bendijese los símbolos de la liberación nacional. Así de seguida, hermanos míos. Yo no quiero tocar una historia palpitante todavía, un presente demasiado irritable; pero apelo al corazón de nuestra gloriosa y santa patria y os digo: el sentimiento religioso, la aspiración cristiana, la vida católica, brota de ese corazón como de su fuente. La Francia posee en su seno un depósito inagotable y providencial de generosidad y de virtudes cristianas. Id, pues, á detener uno de esos manantiales frescos y puros que brotan en oleadas, en vuestras bellas montañas del Delinado! Bien sabéis que no los contendréis largo tiempo. Si la mano del hombre se obstina en detenerlos irán á brotar por otro lado. Si tratáis de estorbarles

su curso rodearán el obstáculo, á menos que no lo derriben y nadie podrá privar á la tierra de la frescura y de la fecundidad que le proporcionan. Así sucede con la vida religiosa que es el alma misma de nuestra patria. Algunos hombres intentan en vano cegar el manantial; á la hora de ésta se vanaglorian de haberlo conseguido! . . . esperad. . . y pronto veréis lo que todas las generaciones anteriores á la nuestra han visto ya: la Francia tomará la revancha con sublimes impulsos, de la larga opresión que ha sufrido su espíritu.

¡Ese será un gran día! Nuestro país volverá á desempeñar con el Evangelio en las manos y en toda su pureza ese papel de civilizadora que por otra parte, nunca ha abandonado por completo. Dios le devolverá su bendición y la gloria, en la misma medida en que ponga aquella su espada y su génio al servicio de la Iglesia. Las divisiones intestinas, las guerras fratricidas atizadas por el infierno, darán fin en el ósculo pacífico del sacerdocio y el trabajo. Nuestra patria, igualmente laboriosa y cristiana, cuya marcha desigual y detenida, se encuentra en estos momentos en retardo por disensiones que nada puede justificar y por malas inteligencias que nada puede explicar, se levantará potente en su reconciliación consigo misma. "En ese día, dice el Señor, restableceré la armonía en la nación que cojea, y yo haré de ese pueblo tan trabajado el pueblo robusto por excelencia."

El gran Pontífice, del que el catolicismo se muestra

1 Mich. IV. 6, 7.

actualmente tan orgulloso, parece querer apresurar más que toda otra vez, la llegada de esa bendita hora! Nosotros los creyentes, nosotros los ardientes, nosotros *la Iglesia*, repetimos con todas las santas emociones del alma la súplica triste, pero patriótica, de los desdichados judíos: «Ya es tiempo ¡oh Señor! que tengáis piedad de Sión; vuestros siervos aman aún «sus mismas ruinas y sus piedras dispersas. Y su tierra natal por desolada que esté, merece todavía toda «nuestra compasión y amor!" Sabemos que Dios nos escuchará. Sabemos que en todas las páginas de las Escrituras un nuevo cielo aparece sonriente para una nueva tierra. Sabemos, que si la obra deseada parece irrealizable para las fuerzas humanas, es muy fácil para la bondad y omnipotencia de Dios. Por una parte, la tierra de Francia ha bebido demasiado nuestra sangre cristiana para que le pese nuestra fé cristiana; por otra parte Cristo ama demasiado á los Francos para seguir á los réyes en el destierro.

Y aun cuando desgarrasen nuestros corazones dividiendo nuestra doble patria al consumir entre la Iglesia, de la que somos hijos por el bautismo, y el Estado, del que somos ciudadanos por la sangre, un divorcio doloroso, la alianza santa permanecerá imborrable en esa *Casta viviente*, que es la voluntad del pueblo.

Jamás separarán en nuestras almas el amor por la Iglesia del amor por la patria, y cualquiera que sea la enseña que se dé á la Francia, para la *verdadera Francia*, el asta bandera de esa enseña será siempre la Cruz de Jesucristo!